

# LA NACION

Diario independiente, fundado en 1946

Editoriales

L.N. 23/3/88

## Heroísmo democrático

Una elección popular en El Salvador representa una confrontación democrática entre partidos y, a la vez, un homenaje a la libertad y un enfrentamiento del pueblo con la muerte.

El monumento a la democracia debe algún día levantarse en El Salvador. Este pueblo ha demostrado en cuatro ocasiones un valor extraordinario, una pasión sin límites por la libertad y la consagración del principio medular del Plan de Paz: sin democracia y libertad no hay paz en Centroamérica.

En las elecciones para constituir la Asamblea Nacional Constituyente en 1982, en los comicios presidenciales —primera y segunda ronda— en 1984 y en las votaciones para diputados y municipales, el domingo pasado, el pueblo salvadoreño ha puesto de manifiesto que los pueblos se abalanzan sobre las urnas, con un impulso casi biológico, cuando prevalecen ciertas condiciones políticas para expresarse.

En El Salvador se dieron estas condiciones políticas, mas no así el derecho a la vida o a la integridad física, amenazados y quebrantados por el FRD y el FMLN, los cuales organizaron y desarrollaron un amplio mecanismo de violencia y de muerte en todo el territorio nacional para impedir la libre expresión de los ciudadanos. Lo que el Gobierno de Nicaragua realiza desde el poder, el FMLN y el FRD lo llevan a cabo en las calles y en el campo.

Si las armas han estado en El Salvador al servicio de la muerte, en estas elecciones han amparado la libertad. Gracias a esta posición del ejército, pudieron desarrollarse libremente las elecciones en estos años en El Salvador, Honduras y Guatemala. Contrasta este oficio del ejército como custodio de la constitucionalidad con el papel desempeñado por el Ejército Popular Sandinista, en Nicaragua, o las Fuerzas de Defensa, en Panamá. El peligro de las armas reside, por ello, en última instancia, menos en la magnitud del ejército o de los arsenales que en las ideas que alientan los políticos y los militares.

Si el gran triunfador en los comicios salvadoreños fue el pueblo y con él el proceso democratizador iniciado hace seis años, los perdedores fueron, por

causas diversas, la Democracia Cristiana y el FMLN, junto con el FRD.

El FMLN y el FRD, temerosos del veredicto popular, trazaron y ejecutaron un vasto plan de violencia, como no recuerda la historia electoral en América. A la libertad opusieron la muerte; a la voluntad del pueblo, la dialéctica de la violencia. El pueblo no se arredró, aceptó el desafío y votó, a sabiendas de que el ejercicio de este derecho podría significar su propia destrucción.

Las elecciones del domingo en El Salvador describen así el cuadro real de Centroamérica: gobiernos democráticos asediados por una guerrilla comunista, alimentada por Cuba y la URSS, que le declara la guerra al pueblo para que no exprese su voluntad, y, por otro lado, un régimen marxista-leninista, asentado en las armas y la opresión, que le niega al pueblo su propia autodeterminación no sólo para escoger a sus gobernantes, sino hasta el sistema político en el que desea vivir. Un ejército que, en El Salvador, patrulla calles, edificios, avenidas y veredas para que el pueblo pueda votar, y un ejército que, en Nicaragua, se ha apoderado de todos los mecanismos del poder, para que el pueblo enmudezca, nos habla con mayor elocuencia y realismo sobre Centroamérica que toda la literatura política engañosa de estos nueve años.

Para la democracia salvadoreña constituye un severo reto el triunfo de ARENA, dada su ideología. Sin embargo, el triunfo de este partido ha sido inobjetable: el poder está en sus manos y se vislumbra como ganador en los comicios presidenciales de 1989. La Democracia Cristiana ha sufrido un duro revés, pero, lo que importa ha sido la libertad y limpieza del sufragio, así como el heroísmo democrático del pueblo. La democracia, sin adjetivos, se compuso y cautivó a los ciudadanos, por ser la condición decisiva de la paz.

Sería un acto de vileza no reconocer el valor y lealtad de una nación que verifica con su conducta lo que otros suscriben como ejercicio de propaganda.